



*"Hay un espejo que me ha visto por última vez.
Hay una puerta que he cerrado hasta el fin del mundo.
Entre los libros de mi biblioteca (estoy viéndolos)
Hay algunos que ya nunca abriré."
Jorge Luis Borges*

La ignorancia es un mal que la humanidad nunca podrá erradicar. Por ello, todas las sociedades asignan partes muy importantes de su presupuesto para educar a sus habitantes. Una forma de avanzar en ese propósito consiste en que cada día todos, o al menos una parte de la población, aprenda algo nuevo, lo cual se consigue escribiendo y leyendo.

En 1990 en nuestro país se publicaron alrededor de 2,608 títulos, o sea, uno por cada 35,270 habitantes, aproximadamente; mientras que, por ejemplo, en el Reino Unido, Alemania y Estados Unidos, se publicó un libro por cada 3,395. Aún en países tan densamente poblados como China (cuya población rebasa los mil doscientos millones de habitantes), la relación población/libros editados es inferior a la que registra México (*Almanaque mundial*, 1996). Esto demuestra que en nuestro país existe poco interés por leer y, en consecuencia, por publicar.

Esta situación es más preocupante si observamos que la producción editorial no es demandada ni siquiera por los *lectores objetivo*. Si consideramos que 47.6% de la población nacional corresponde al rango de 20 a 64 años y de ellos 12.4% es analfabeta, tenemos que el mercado potencial para la lectura se reduce aproximadamente a 34 millones de personas, de las cuales tan sólo una minoría tiene el buen hábito de la lectura y de utilizarla como un medio de educación permanente.

La situación descrita, de suyo, es alarmante y se agudiza cuando el análisis incorpora a la publicación de revistas académicas. En este caso el número de lectores se reduce considerablemente, como también la producción escrita.

Esto constituye una verdadera restricción a la difusión y divulgación del conocimiento, con el consecuente efecto negativo sobre la continuación del proceso de educación formal y no formal de la población. Todo ello hace que se editen pocas revistas y además con tirajes reducidos y, por tanto, inevitablemente se incurra en altos costos unitarios, lo que a su vez hace que el posible público lector no las compre. Así, es prácticamente imposible entrar en un círculo virtuoso donde aumenten los escritores y en mayor grado los lectores.

En 1993 el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología convocó a las revistas académicas mexicanas para integrar un padrón de excelencia, a partir del cual se pretendió seleccionar a las mejores y estimularlas de diversas formas para asegurar su continuidad y apoyar su desarrollo. De este proceso resultaron escogidas 68 revistas y no obstante ello difícilmente podríamos decir que tienen las condiciones económicas y de infraestructura ideales para lograr sus propósitos.

Hasta donde sabemos, no ha habido una nueva convocatoria para renovar ese padrón, por lo cual no se ha dado la oportunidad de que nuevas publicaciones puedan incorporarse.

Puntualizando, las revistas académicas mexicanas enfrentan para su crecimiento y sobrevivencia, por lo menos tres problemas a superar: a) pocos lectores que las compren, b) pocas empresas que se interesan por anunciarse debido al escaso tiraje en el mercado y, c) altos costos de producción y comercialización.

Sin duda, debemos hacer hasta lo imposible por preservar e incluso aumentar nuestro mercado editorial por sus importantes efectos sobre la cultura y la educación. El desafío consiste en unir esfuerzos de las instituciones que participan en esta actividad y que las autoridades educativas promuevan que el sector privado participe financiando de diversos modos estos esfuerzos y, los más importante, que los profesores de todos los niveles educativos se impongan el hábito de la lectura y lo transmitan con entusiasmo a sus estudiantes.

Sabemos que son pocas propuestas para un problema tan complejo y de tanta trascendencia. Estamos abiertos a escuchar otras más.

Eduardo Loría
Editor